

El estudio crítico de Morales es aquel en que hace la presentación a cada poeta, especie de estudio corto, muy por encima del prefacio de la obra, en que no dice gran cosa, pues se extiende en consideraciones acerca del destierro, reflejado en la poesía que vamos a gustar. Al realizar el análisis particular de cada uno de los recopilados, Morales lo hace con un sentimiento, a través del cual se ve una pasión aguda y constante. No analiza mayormente, y busca una salida rápida, a tono con la premura de un tiempo invisible, pero insinuante. Al fin, es mejor. Porque después de todo, por lo menos a nosotros, lo que interesa es ese paraíso de poesía que contiene el libro, donde la poética española luce sus mejores galas.

No queremos terminar esta nota sin antes haber consagrado dos líneas a Soria, el editor de Cruz del Sur. Tiempo hacía que por estos lados no se publicaban, con regularidad libros de tan acabada realización artística. Las ediciones Cruz del Sur han llenado un espacio difícil de ocupar y, sin temor al refinamiento colectivo, podemos decir que hay en ella una virtud que, de propagarse, haría un milagro que en nuestro país jamás tuvo cultores.—VÍCTOR CASTRO.



«ELSA MARGARITA». Tragedia de *Zlatko Brncic*. Santiago, 1942

Frecuentemente los muertos suelen dejar a su paso un aura impalpable, sutil alquimia de recuerdos y de presencias insospechadas, aura que se agita en torno a los que han permanecido y que imprime a todas las cosas, a todos los lugares donde el extinto ha estado de continuo, un carácter especial. Y en ciertos momentos aquella persona que fué, parece revivir. Pero a veces otra persona ha recibido del ser desaparecido una impresión imborrable, una persona que ha tenido de ella sólo una visión única, un breve contacto, y todo lo demás ha estado

apartado del ser que ya no existe. El ha tenido del muerto esa imagen imborrable y al conocer su desaparición trata de hacerla revivir.

En la tragedia de Zlatko Brncic, «Elsa Margarita» un desconocido se acerca a la habitación de Elsa Margarita. Le trae flores en un homenaje apasionado. No quiere saber de ella; sólo anhela que ella conozca ese homenaje floral. Aquella ofrenda, repetida más tarde, desconcierta a la «Criada» y a la «Madre», que tratan en cierto modo de volver al Desconocido a la realidad de los hechos. Pero él quiere persuadir a los demás que Elsa Margarita aun existe y sigue trayendo flores. Sólo la criada puede responder a su deseo y llega un momento en que siente «algo muy raro...», como si realmente Elsa Margarita estuviese en el campo...». Pero la madre y la criada saben luego del «Desconocido la verdad: El la había visto cuando niño y sólo había tenido en ella «algunos segundos de blancura inalterable y lúcida», en una «soledad en que sólo cabían los dos... «como dos rosas que comparten un tallo y ceden mutuamente su pureza. Cada uno tenía sus puntos de partida, raíces en las manos...». Y más tarde la Madre habla con el Desconocido y ve que éste sólo quería que ellas creyeran en la existencia de Elsa Margarita. Y confiesa: Yo, que quería creer en mi mundo, os traté de crear un mundo semejante... Toda verdad es monstruosa para mí. El amante sospecha otros caminos que sangran por la carne. Intentaba rodearos de sentidos confusos. Creía en las leyendas obscuras que hacen de la muerte un miembro de la familia... El amor hizo brotar en mí una rosa negra. Y Elsa Margarita dedicó sus pétalos blancos a restañar la noche que se me iba abriendo. Cuando ella murió, la flor dobló au tallo y ahora sube adentro, envolviendo mis entrañas con su clamor de espinas. Entonces regresé... Por quemar la rosa que me quema... Imaginé toda esta historia...». Y así penosamente surge su historia, la ley de sus actitudes y con ellas, más tarde, su desencanto, su visión amarga de la

realidad, que se expláya en un largo y bello monólogo en el cuadro noveno. Monólogo lleno de sugerencias poéticas y en cuyo seno palpita una honda tormenta espiritual.

Frente a este argumento algún lector adormilado y, mucho más de seguro, algún crítico mal apercebido y muy apresurado, pensará en Daphne de Maurier y su «inolvidable» Rebeca y, consecuentemente, en la película. Pretender una relación entre la tragedia de Brncic y «Rebeca» constituiría un absurdo. En «Rebeca», la «inolvidable» se va revelando en una serie de actos físicos, de objetos de pertenencia de la venerada dama, en palabras y recuerdos, que quizás se presenten en forma poco sutil; acá en cambio la muerte e inexistencia de Elsa Margarita es un hecho. La joven extinta recibe de sus allegados el recuerdo y homenaje corriente a los muertos: sólo el desconocido se esfuerza inútilmente por prestarle una vivencia mayor, para vivificar el esfumado recuerdo que palpita en su alma y prestar a su existencia de por sí vacía, un nuevo contenido. No se trata, pues, del conflicto creado por la presencia virtual de un ser definitivamente ausente a los vivos, sino de la revivificación de un recuerdo que quisiera ser plenamente compartido. Es, pues, la tesis de «Elsa Margarita» una idea original.

En esta obra la belleza de las imágenes poéticas con que su autor revela los estados de alma de los personajes es destacada y la tensión entre éstos, aumenta a medida que avanza la trama. Y de entre ella, como flamígeros destellos, brota una visión del mundo, una concepción existencial de las relaciones humanas, aludiendo a la soledad individual que es la vida de cada ser: «cada ser existe por sus contornos... y sólo en ciertos instantes propicios a su encuentro...». Hallar «realmente» a otro ser, en una comunión profunda del espíritu, es un milagro que raramente ocurre. Cada otro ser es muy distinto a uno mismo, es siempre *otro*. No tenemos de él otra visión, otra idea que las que nos proporcionan sus palabras, su presencia física acaso. Y al comunicarnos con él no lo hacemos realmente sino



con la idea que tenemos de él. De los muertos queda sólo esa borrosa imagen que el tiempo desvanece. Y el personaje de Brncic trata inútilmente de hacer revivir ese recuerdo, dando nacimiento a su tragedia. El ser humano no es sino un microcosmos, un mundo único y cerrado en sí mismo, que sólo percibe pequeños destellos de otros microcosmos individuales. Para el hombre dotado de fina sensibilidad, para el artista genuino, esta soledad individual constituye una tragedia. Y en realidad, como dice Brncic, «un muerto es todo lo que se conoce de una vida... Un vivo es lo desconocido... Pero—también—de cualquiera de ellos sentimos su vecindad que nos daña o salva. No hay otra diferencia».

La obra de Brncic está dotada de una inspiración personalísima, la que le salva como obra de arte. A través de toda ella surge una personalidad creadora firme, conclusa, madura. Posiblemente algunos digan que no es una obra perfecta, que en tales o cuales detalles se vulnera al sagrado fetiche del género teatral, que tal o cual escena no es «interesante», etc... pero ese sello de personalidad innegable que posee la coloca muy por encima de la común turbamulta de los vacuos e innúmeros imitadores de García Lorca y de esos pseudos criollistas que manejan en la escena a unos cuantos autómatas de manta y chupalla. Se revela en esta tragedia un poeta de primera calidad, que en lugar de dar vuelta la espalda al mundo, le mira bravamente y sin miedo.—JORGE MUÑOZ R.